

El Gral. Díaz fué cómplice.

Los científicos fueron los vampiros del capital.

A la caída del Partido Científico, caída que no tiene siquiera una actitud digna, un gesto que haga pensar que había en el grupo un sólo hombre honrado, ha seguido un golpe desplazado, de muerte, por el descubrimiento de un complot que recuerda la mordida de la serpiente al tacón que la aplasta.

Ningún Partido en nuestra historia política, ninguna facción, ha sufrido un golpe semejante al que desmoronó a este híbrido conjunto de hombres que habrían logrado tener de las orejas al Rey.

Es una derrota que no da la tranquilidad del odio sano que piensa en la reñeción; es una derrota semejante a las que sufren las hordas de bárbaros cuando al repartirse el botín ven a los guardianes del orden público y huyen desprovistos tratando sólo de salvar el pellejo, que es lo único que tienen honradamente adquirido. Se recuerda también a aquella reina que en los dinteles de la muerte abrió su túnica para mostrar su pecho comido por llagas purulentas. Aquí no hubo el gesto; pero sí en la fuga cayó la túnica...

Nos detendríamos para dejar paso al vencido, pero recordamos el lema con el que fué llevada a cabo la campaña Díaz-Corral: «Ojo por ojo - Diente por diente».

El Partido Reeleccionista, formado por los elementos científicos, recibe el castigo: todos los odios que agitó hierven ahora en el lado contrario; todos los despojados, todos los villendados, todos los heridos por la misteriosa y artera mano, claman con justicia.

En la historia de todos los países no se encuentra consignado un caso semejante de corrupción al impuesto por el Grupo Científico. Del Despacho del Jefe del Partido salían órdenes a todos los Jefes Políticos y a todos los Jueces de la República para aplastar a todos los enemigos débiles siempre porque «ellos» habían acaparado todos los poderes y ellos «sabían» bien que la debilidad da el pan para la fuerza; en el Despacho del Potiche misterioso se detenían los carrujes de los Ministros de Estado y de los potentados, para consultar sobre tal ó cual medida que fuera útil al fin que perseguía el partido y también por miedo, porque se temía lo que después ha dado pruebas de valer menos que cualquiera de los hombres que han esgrimido una arma ó una pluma contra el Idolo, el Intocable, el Dios del Cientificismo; por el Despacho del fatal personaje iba desfilando una caravana de jóvenes intelectuales que venían desde los rincones más apartados de la República a

ser armados caballeros de todas las armas de la ignominia para la lucha contra todas las libertades; hombres que habían agitado todos los bajos fondos de la política llegaban a ese Despacho para pedir una torta y como recibían un gaje no soñado, ofrecían ser adictos, su vida y su sangre; no se necesitaba tanto; bastaba la adhesión, que es el cimiento de la ignominia en los partidos dominantes.

El Partido Científico tiene una responsabilidad tan grande que sus hom-

bres no tendrían espaldas para recibir los latigazos á que un Juez justo los sentenciara. Cobardes porque tenían á su disposición el poder y el oro, y por tanto tenían para castigar y para comprar, los científicos llenaron las cárceles de sus enemigos políticos, y llenaron sus cajas con oro amasado con sangre y lágrimas de familias despojadas. El General Díaz, octogenario que nunca supo de números como nunca supo de justicia, tiene menos res-

(Sigue en la 101. plana.)

Las chusmas, el populacho, la plebe y el pueblo.

No se cuál de estas entidades ahora federativas ha estado ejerciendo sus incontrovertibles si que en cierto modo abusadores derechos en la forma curiosa de apoderarse de tranvías y recorrer en ellos las tranquilas y solitarias poblaciones suburbanas gritando «Viva Madero.» El caso es que, contrastando con la conducta julejosa y serena de otros mil grupos manifestantes fueron vistos los pasados días muchas chusmas de muchachos y de hombres, apoderarse de carros, coches, tranvías y otros vehículos, para manifestar en ellos su entusiasmo libertador. Quién sabe á cual de los flamantes partidos políticos pertenezcan, quien sabe si están instigados por la misma mano misteriosa que movía los hilos de «El Debate» y ahora tiende sus magnetizadores dedos hasta Juárez para comprar caudillos y matar redentores. Quién sabe, pero sea quien fuere, los apreciables ciudadanos que así echaban fuera de sus pieles (tan lejanas ya del día de San Juan) el espíritu libertador merecieron una tanda de garrotazos. Esa gente, esas chusmas indomitas cuya sola vida es el desorden ó la servidumbre, no pueden valer nada más que á fuerza de trancazos. Eso pueblo es el que todavía no está listo para la Democracia. Gracias á esas gentes tuvimos que irnos á pío á nuestros respectivos penates, muchos de los que por ser poco nuestro sueldo, numerosa nuestra familia, altas las rentas de la ciudad, hemos de vivir en Atzacozaco, Tacuba, Tacubaya, etc., y nada se dice de los de Tlalpam, San Angel ó Tizapán, esos se han de haber quedado á dormir en los Mesones del Angel ó de Sto. Tomás, cuyos precios módicos son sólo comparables con la comodidad de los lechos y la mansedumbre de los insectos encargados del Servicio de Recepción!

Muy bien está el celebrar el Inaudi-

to, inverosímil suceso de la caída (ó de la levantada, como dicen los dolientes.) Muy bien lo de juntarse en cuadrillas más ó menos homogéneas y laborearla con tambores ó conciertos por las calles echando al aire uno que otro discurso emocionante. Pero los salvajes que cayeron como langosta sobre las tranvías, carros, coches y demás utilísimos mecanismos de transporte, digo y repito, merecieron varas tandas de garrotazos. Verdaderamente se echó de menos al llamado Ivan Estrogoff.

Y no se diga nada de los apreciables grupos democráticos que se dieron á quebrar escaparates, faltas de conductores, las chusmas cayeron á pedrada limpia sobre tiendas y cantinas y gracias á Dios que no se arrojaron sobre el Palacio Nacional á prender fuego á las reales alfombras, los tapices imperiales y la vajilla palaciega. En las azoteas de dicho inmueble y á iniciativa de varios Bismarcks de entresuelo se situaron varios hombres de buena voluntad con fusiles, pistolas y otras chucherías de combate para defender (sólo el Eterno sabe la cabeza napoleónica en que caben ideas de tales defensas, pero esas cuberos singulares existen para satisfacción del presupuesto y garantía del mejor servicio público) lo poco que ha quedado de las mantas con que se disfrazó de «vista de palacio» el escueto patio virreinal, disfraz todavía llevado á término por uno de tantos apadrinados del gran intendente, del ilustre Fouquet.

Al Pueblo dígaselo por bien de los que presumen de directores de la cosa pública, dígaselo que así se portan las chusmas, aquellas mismas de «Pan y Toros» y de «Panem et Circensis» que el Pueblo, óse del cual, para el cual y por el cual se han creado las democracias, óse al apedrea cristales ni se cobra enelma de lo que no es suyo, mueble ó inmueble.